

RICARDO BRUGADA

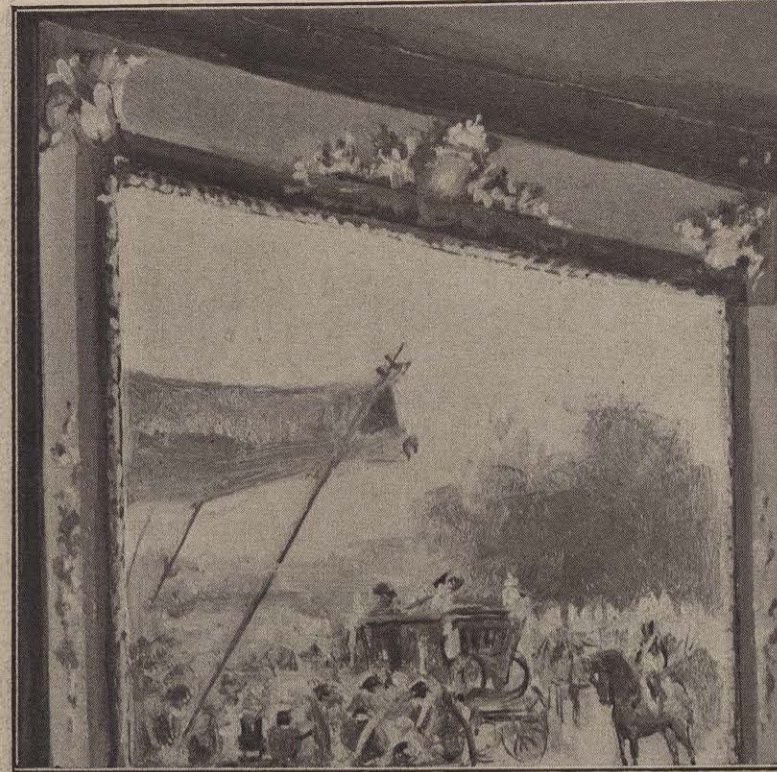


ENTRE PALOMAS

TOMÁS MUÑOZ LUCENA



¡OTRO NENE!



## EL SEÑOR DE LA PELÍCULA

Don Lucas era una bellísima persona... moralmente hablando, se entiende, pues bajo el aspecto físico su persona no tenía nada de bellísima. Y no es esto decir que fuere rematadamente feo, como tampoco que allá, en el fondo de su conciencia, dejare de rebullir el gusanillo de algún pecado; pero ni éste — ¡bien expiado por cierto! — llegaba a la categoría de mortal, ni su nariz a lo Cyrano, amén de otras imperfecciones, le permitía sentar plaza de guapo. Quedamos, pues, en que don Lucas era un buen sujeto... con mucha nariz.

Y, sin embargo, la sociedad había marcado su frente con el sello de los réprobos. Más aún: las burlas y el escarnio le acompañaban por donde quiera que fuese, y ni en la calle, ni en el Casino, ni encerrado en su hogar doméstico, se libraba de oír a cada paso aquella frase, variable según las circunstancias, que constituía el torcedor de su existencia: «¡Ya te daré yo película!» «¡Adiós, película!» «¡Es el señor de la película!» y hasta «¡Ahí va el tío de la película!»... ¡Pobre don Lucas!

Su mujer, que antes del suceso era ya una fiera, se había transformado, de resultas de éste, en un parque zoológico completo. ¡Cuántas noches creía soñar el infeliz señor que le daban garrote y, al despertar horrorizado, se encontraba, más horrorizado aún, con que su esposa le estaba apretando la nuez con ambas manos!

—¡Socorro! (se llamaba Socorro). ¡Que me ahogas!

—¡Ya lo sé! ¡Por pillol! Cuando me acuerdo de la película, me entran ganas de acogotarte.

Y apretaba, apretaba la casca-nueces. Afortunadamente, nunca llegaba a cascar del todo la del mísero don Lucas.

¿Qué crimen había cometido éste para verse así anatematizado por el mundo y por el demonio de su mujer? ¿Andaba de por medio el otro enemigo del alma? El mismo interesado va a contestarnos en la carta que sigue, dirigida a un su amigo íntimo de Madrid, el cual, bajo juramento de absoluta reserva, no ha tenido inconveniente en confiarnosla. Suplicamos, pues, que su contenido no salga de entre nosotros.

«Querido X...: Los rumores que dices han llegado a ti acerca de mis infortunios, son fiel reflejo de la realidad. Soy muy desgraciado. Pero te suplico que si algún día tienes noticias de que he sido hallado cadáver yerto en mi cama, deseches toda idea de suicidio y escribas inmediatamente al juez de guardia de ésta, para que ordene se me haga en seguida la autopsia de la nuez, y vea si ésta presenta señales de malos tratos. Y paso a referirte el origen de mi desgracia, dejando para luego el relato de sus consecuencias.

«¿Recuerdas mi estancia de ocho días en ese hermoso Madrid, al que fui llamado por los testamentarios de mi difunto tío? ¿Recuerdas que dicha estancia coincidió con los festejos efectuados en celebración de la jura de S. M. Don Alfonso XIII? ¿Recuerdas que tus ocupaciones te impidieron acompañarme a la gran revista militar, como me habías acompañado a otros espectáculos, y que después estuve dos días sin verme el pelo? Bueno, pues ahí tienes el origen de mi perdición. De haber estado tú en mi compañía, no hubiese yo caído en las redes de aquella sirena que la fatalidad puso a mi lado. Miraditas primero; sonrisas tiernas después... Oprimidos por el gentío, era inevitable el choque, y el choque vino, precisamente, cuando pasaba la artillería, disparándole yo a quemarropa una granizada de piropos. Replicóme con salero; se enredó la conversación, y a los pocos instantes tu amigo Lucas se había convertido en un Monte Pelado. (Por eso no me viste después el pelo).

«Hubo un momento, sin embargo, ¡oh, la confidencial, en que la san-



gre se me heló en las venas: fué al desfilarse la Guardia Civil! No sé por qué la vista de los tricórnios me hizo pensar en mi mujer, y hasta creí ver su rostro en el de uno de aquellos individuos que me miró al pasar con ojos fieros. Pero tan pronto desapareció el benemérito instituto, volvió el volcán a dar muestras de actividad. Me cercioré de que nadie nos observaba... cruzaban entonces ante nosotros, los zapadores-minadores; me sentí minador, zapador y... extendiendo mi brazo, estreché el talle de aquella ninfa... ¡y me perdí! no durante dos días como a ti te parece, ¡sino para toda la vida!

«Cuatro meses después de regresar a mi casa, dieron principio las fiestas que anualmente celebra esta capital con motivo de la feria. Estaba anunciada la llegada de un tren botijo, y mi inquietud era grande. ¿Sería capaz aquella mujer de venir a darme una sorpresa, como, mitad en serio, mitad en broma, me había prometido, a pesar de las doscientas pesetas que para hacerla desistir de su propósito le entregué a mi marcha de la corte? Por sí ó por no, yo andaba muy escamado y procuraba transitar lo menos posible por las calles, sobre todo en compañía de mi mujer.

«¡Inútiles precauciones! ¡Estaba escrito! Una tarde se empeñó Socorro en que la llevase al cinematógrafo recientemente instalado en el real de la feria. Procuré disuadirla, sabiendo, como sabía, que aquél era el punto de reunión de los forasteros... y las forasteras; pero no hubo remedio y, encomendándome a todos los santos, allá nos fuimos. La sala estaba

llena y casi á obscuras; esta última circunstancia me tranquilizó algún tanto porque favorecía mi propósito de pasar desapercibido. Tomamos asiento. Un fonógrafo, con voz de gata constipada, nos cantó aquello de ¡ay, morrongo! ¡ay, morrongo! y empezó el espectáculo.

«Regatas en el puerto de Barcelona. ¡Muy bonito! Baile de negros. ¡Precioso! Barba-Azul y sus mujeres... De repente sentí que la sangre se me helaba en las venas: como antes los títulos mencionados, aparecía ahora en el lienzo el que sigue: Fiestas de la jura de S. M. Don Alfonso XIII. Gran revista militar. Película de 800 metros. ¡Dios mío, qué horrible presentimiento!

«Empieza el cuadro; mucha gente presenciando el desfile en el Prado. Busco espaldas... ¡Abrete tierra y trágame! Por fortuna estoy de espaldas... ¡Si vuelvo la cabeza estoy perdido!... Ya viene la artillería...

«—¡Mira cómo se parece a ti por detrás ese señor que está hablando con una,—me dice Socorro.

«—Ca, mujer. Tú ves visiones,—contesto yo atragantándome.

«Pasa la Guardia civil. Mi imagen se va animando... extiende el brazo... vuelve la cabeza... ¡y aparecen los zapadores-minadores! ¡No quieras saber lo que ocurrió entonces! Gritos estridentes de mi mujer; puñetazos sobre mí, de la misma procedencia; escándalo morrocotudo... ¡el delirio!

«Corrió la voz del suceso, y desde aquel día, sobre haber perdido para siempre la paz conyugal, vine á ser el escarnio de mis conciudadanos, que han olvidado mi nombre para llamarme sólo ¡el señor de la película!

Aquí termina la carta de don Lucas. Compadezcámosle, y tomemos ejemplo de su infortunio, para evitar las malas tentaciones. ¡Maridos los que tenéis esposa: huid del pecado... y sobre todo de las películas cinematográficas!

MIGUEL TORMO

Ilustrado por P. BÉJAR.

## AMOR CASTO

ABURRIDO del bullicio de la ciudad, ansioso de respirar aire puro, de bañar mi cuerpo en la luz esplendorosa que sólo brilla en el seno de la Naturaleza, un par de veces por semana, cuando menos, salía al campo. El tren me dejaba en la falda de la montaña y á pie subía yo la suave pendiente y examinaba con curiosidad las quintas de recreo que estaban distantes unas de otras, sin duda, para evitar vecindades molestas.

Una, llamaba particularmente mi atención. No tanto por su gran capacidad y buen aspecto, como porque varias veces, subiendo cuesta arriba, llegado á un punto de la montaña que dominaba la casa, había notado que en un pabelloncito aislado, en el centro del jardín, estaba casi siempre en un balcón bajo una muchacha con traje claro, un ramo de claveles en el pecho y muy vivaracha y graciosa, según podía colegirse, á tan larga distancia, de los movimientos que acompañaban una conversación que no oía con un interlocutor que no podía distinguir.

Veía yo á veces que la joven hacía unas reverencias exageradas y se retiraba hacia adentro dando graciosos saltitos. Otras veces miraba á un grupo de árboles que había frente á la esplanada de la casa, y poniéndose la mano en el corazón permanecía así largo rato como en éxtasis. Un día, observé con profundo estupor que aquella joven, que sin duda debía ser muy niña, después de permanecer unos instantes muy quieta, dió un

salto mortal y desapareció dentro de la habitación. Otro día, tiró una flor de las que llevaba en el pecho, y apenas hubo tocado al suelo cuando un jovencito elegante, con frac y sombrero de copa — era la hora del mediodía — salió como una centella del grupo de árboles, se inclinó ante la muchacha, recogió la flor, la besó, la colocó gravemente dentro del sombrero, como si fuera á hacer algún escamoteo, y muy serio y grave, haciendo unas rarísimas piruetas, desapareció entre la fronda.

La muchacha pareció darle gracias por aquel solo de baile, aplaudió repetidamente y, después, como si de repente le faltara la vida, se inclinó sobre la barandilla, dejó colgar la cabeza y así permaneció durante un cuarto de hora cuando menos. Después se irguió, arreglóse el pelo, saludó á derecha é izquierda como una actriz que da gracias por los aplausos del público y, caso raro, se dejó caer en un enorme tiesto vacío que estaba en el balcón. Como el cachivache era muy grande y la joven muy menuda y delgadita, quedó como enterrada allí dentro, sin que se le vieran más que la cabeza y las piernas, que agitaba alegremente en el aire.

Lo más peregrino del caso fué que el incógnito é invisible amante salió de súbito de entre los árboles. Llevaba en las manos unas calabazas de tamaño extraordinario. Adelantó hasta el centro de la esplanada; dejó aquellas amarillas esferas en el suelo; se internó de nuevo en el bosque-



DOÑA INÉS DE CASTRO — Cuadro de MARTÍNEZ CUBELLS.

Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887.

Fot. de J. Laurent y C.<sup>o</sup> (Madrid).